

El pirata y la reina de corazones

Sergio Marugán Benito

Érase una vez, en un lugar muy lejano, existía un próspero reino erigido en el centro de un denso bosque próximo a la costa.

Si bien el reino gozaba de extensas riquezas y recursos sus habitantes vivían en constante pesar, puesto que, a cambio de una vida cómoda y protección, la soberana de aquel idílico lugar exigía a cada uno de ellos un tributo especial, su corazón.

Aquellas pobres almas grises eran libres de hacer y decir cuanto quisieran, de marchar o de permanecer en aquel lugar, todo bajo su propio juicio, pero el temor a la posibilidad de marchar sin ser devuelto su corazón o a una posible represalia de la monarca siempre los hacía quedarse.

De este modo, cegados por la desesperación, los aldeanos confabularon a escondidas para derrocar a la reina y devolver los corazones a sus legítimos dueños. Es cierto que a priori los planes urdidos parecían brillantes, mas ninguno dio resultado.

Las epístolas suplicantes fueron respondidas con promesas de fortaleza, las concentraciones en la plaza principal fueron ignoradas... Demasiados intentos, demasiados fracasos que llevaron a todos los descorazonados a convergir en una única idea, una única posible solución a su problema: acabar con la reina de corazones.

El Duque de las mareas, uno de los pocos nobles que habitaban el reino y el más poderoso de todos ellos después de la reina, contaba con un opulento negocio mercantil, siendo poseedor de la mitad de las naves del puerto.

Era astuto y siempre estaba al tanto de todo lo que acaecía en el muelle y sus alrededores, siendo así como encontró a un pirata caído en desgracia. Él era perfecto, un bribón inquieto sin principios ni moral, un extranjero al que todavía le ardía la vitalidad palpitante de un corazón en el pecho. Su tripulación se había amotinado y ya no le quedaba nada, y el duque concluyó que en su situación no podría resistirse a una de sus suculentas ofertas, pues si algo hacía bien aquel noble era negociar.

-Lo que me proponéis, duque, es un regicidio. Mi cabeza, me corrijo, nuestras cabezas rodarían si solamente la reina se enterase de esta conversación- indicó el pirata con voz neutra mientras jugueteaba con una urna de cristal que parecía contener fragmentos de metal oxidado.

Era un muchacho joven, algo menos de una treintena, lo cual suscitó cierta curiosidad en el duque acerca de cómo habría llegado el muchacho a ostentar el título de capitán a tan escasa edad.

-Tu juventud te nubla el juicio capitán. Los habitantes del pueblo sufrimos una enorme carga, y nuestro dolor no hace más que arraigarse más y más cada día. El pesar que lacera nuestro interior es como una bestia que nos devora desde dentro. La imposibilidad de amar, la bondad, la empatía... todo ello nos ha sido arrebatado. Las calles del reino son cada vez menos seguras, el vandalismo aumenta cada día... sin un corazón que nos guíe a hacer lo correcto, ¿cómo seremos capaces de seguir viviendo?

Tras una larga conversación, finalmente, conmovido por los alegatos del duque y por la promesa de un nuevo navío y una tripulación de cuarenta cabezas, el pirata accedió. El duque le indicó que no sería una tarea fácil, que la reina era astuta y poderosa,

pero el pirata era un hombre de mundo y completaría su misión.

El pirata se puso manos a la obra y rápidamente urdió un plan espléndido.

Haciendo uso de sus contactos en el puerto se hizo con una enorme bestia proveniente de tierras lejanas, capturada por algún despreciable cazador furtivo que se dedicaba al comercio ilegal. Después, esperó y esperó en el camino real hasta que el cortejo de la reina apareció a lo lejos entre la espesura del bosque.

Cuando estuvieron a una distancia prudente, el pirata, resguardado en la seguridad de una alta rama y camuflando su olor con guano, abrió la reja de la jaula donde la pobre y famélica bestia permanecía cautiva. Tras tres días sin comer, y provocado físicamente por el pirata, el animal sumido en una fiebre asesina corrió hasta el séquito de la reina comenzó la matanza. El pirata tuvo que cerrar los ojos y taparse los oídos para evadirse de aquel ataque.

Cuando los gritos cesaron, el pirata se sintió culpable y aliviado a partes iguales. Abrió los ojos para contemplar una escalofriante imagen donde parte del bosque se había teñido de rojo, y piezas de puzle humano estaban esparcidas por todos lados.

Al no ver a la bestia ni ningún superviviente, el pirata creyó conveniente bajar de su escondite y comprobar el éxito de su misión.

Al avanzar por aquella escena, la imagen y el olor hacían a su estómago amenazar con vaciarse violentamente, pero pudo mantener la compostura de alguna manera. Al acercarse a los restos del carruaje real, un ruido extraño lo hizo sobresaltarse y volver a adoptar una posición cautelosa. Sigilosamente avanzó, y sin ser visto, y para su sorpresa, fue testigo de una escena que lo dejó sin aliento. Allí, frente a sus ojos, erguida y con regio porte, una joven morena, con la mirada más fría y profunda que el pirata había visto a través de los doce mares, ataviada con un elegante vestido carmesí, acariciaba la cabeza empapada en sangre de la bestia, que ronroneaba contra su mano, era la reina de corazones.

Tras aquella experiencia, el pirata concluyó que si alguien debía acabar con la vida de la reina debía ser él mismo: eliminando factores del plan, disminuirían los posibles errores.

Así pasaron los días y el pirata planeó un nuevo intento de asesinato. Visitó al boticario del pueblo, y se hizo con un frasco de la esencia de la rosa de la sal, uno de los venenos más potentes de ese lado del globo.

Infiltrarse en el castillo fue fácil gracias sus habilidades, pues era ágil y sigiloso, e igual de fácil fue añadir la ponzoña en las reservas reales de vino.

Lo que realmente le exigió cierto nivel de destreza fue controlar su asombro cuando, escondido tras un tapiz, observó a la reina llevarse la copa a los labios y justo antes de tomar un sorbo, mover las aletas de la nariz y tirar el vino al suelo.

El grito de alarma a los guardias y el despliegue de seguridad complicó extremadamente la salida del palacio, así como posteriores intentos de conseguir su objetivo.

Ahora más limitado en cuanto a distancia y viendo la inutilidad de utilizar venenos, incluso aunque estos careciesen de olor o sabor, optó por el uso de un arma a distancia.

El pirata visitó a la herrera, que debido a su excelente trabajo era conocida por todo el continente. A ella le encargó forjar una punta de flecha de acero negro, el más duro que existía, y la herrera, con suma presteza le forjó una pieza digna de ser expuesta, tan hermosa como letal, tan ligera y afilada que podría perforar hasta la más robusta de las armaduras.

Pasaron los días y tras estudiar los nuevos movimientos de la guardia real, el pirata pudo colarse nuevamente en la fortaleza, y tras escalar hasta la más alta de las torres, levantó el arco cargado con una flecha con la punta de acero negro. A través de una ventana del castillo, pudo ver a la reina totalmente desnuda excepto por una llave colgada al cuello, a punto de darse un baño.

El pirata quedó absorto en las curvas de la mujer, y tuvo que apartar la vista cuando tras tensar el arco y soltar la cuerda, la flecha salió despedida silbando mientras cortaba el aire.

Cuando el pirata volvió a mirar, pudo ver el cuerpo inmóvil de la reina yacer en el suelo.

Una punzada de pesar le atravesó y se preguntó si habría hecho lo correcto. Con cuidado, comenzó a descender por la pared de la almena, pero para su sorpresa, algo se movió en la estancia donde el cuerpo de la reina descansaba desvivido. O no, porque atónito, el pirata observó a la reina enfurecida asomada por la ventana, buscando frenética con la mirada a su atacante. Y podría haber jurado que se había caído de la torre y ahora él también era un espíritu, porque incluso a esa distancia, era perfectamente capaz de ver el fino hilo de sangre que descendía por el busto de la reina, brotando desde el punto donde el astil de la flecha sobresalía de su piel, justo a la altura del corazón.

Aunque aliviado de no haber acabado con la reina de corazones, el pirata dedicó varios ciclos lunares a observarla, a trazar un nuevo plan, una nueva estrategia. Finalmente, algo en su pecho le dijo que no podía acabar con ella, tanto metafórica, como literalmente, así que concluyó que la única posibilidad era girar el timón y cambiar un poco el rumbo. Durante todos esos meses de espionaje, el pirata descubrió que todos los corazones estaban protegidos en alguna cámara secreta del castillo donde sólo la reina tenía acceso, usando la llave que nunca se quitaba del cuello. Sería una tarea difícil.

Como idea descabellada, el pirata rogó a un antiguo amigo alquimista una de sus pociones más poderosas, tanto que a su lado la esencia de la rosa de la sal parecía azúcar. El alquimista se negó una y otra vez, basando su respuesta en que era una acción muy cruel y peligrosa, un elixir capaz de obnubilar a alguien, de dejarlo sin sentido e incluso de someterlo contra sus propios deseos. *“Una condena a la que no sometería ni a mi peor enemigo”* dijo el alquimista, aunque no fue de gran efecto sobre el pirata, que aprovechándose de la confianza que le profesaba el alquimista, robó la poción de amor cuando este no miraba.

El pirata ideó un astuto plan, un encuentro fortuito en el camino real entre la reina de corazones y él mismo, disfrazado de joven noble cuyo carruaje se había estropeado.

Tras una amable ayuda a su majestad, la reina no puso ningún inconveniente en tomar algo de vino como agradecimiento por parte del pirata, y si esta vez ella detectó o no algo en el líquido, no fue suficiente como para no tomar un largo trago. Ambos jóvenes se sonrieron tímidamente, y la *maldición de amor* tuvo que hacer efecto rápidamente pues a partir de ese momento, la mayor parte del tiempo la pasaron juntos. Paseando por los jardines de palacio, visitando el puerto, ayudando en las zonas más desfavorecidas del reino, así como apoyando activamente en el hospicio... Y durante todo ese tiempo, el pirata comprobó que la reina de corazones podía ser cualquier cosa, pero no una tirana. No una mala persona. Y si bien la poción solo debería haber tenido efecto sobre la reina, la actitud del pirata también comenzó a cambiar: sonrisas traviesas, roces furtivos de manos... Hasta que finalmente formalizaron una relación. Pasaron muchos ciclos lunares durante los cuales su relación creció y su amor floreció como un clavel, tan hermoso como una rosa, pero sin espinas, aunque puede que no

fuese del todo así. El corazón del pirata estaba rebosante de alegría, pero una punzada de dolor lo perforaba cada vez que en la felicidad de la reina de corazones observaba una sombra tras sus ojos, como una frialdad innata que nunca la permitía ser completamente feliz, como si por más que lo quisiese no tuviese la capacidad de sentir por completo. Y el pirata poco a poco fue entendiendo el porqué, porque su relación no era completamente sincera, porque ella pensaba que él era una noble de moral, y realmente no era más que un pirata asesino y deshonesto. Pero todo eso cambiaría, a la mañana siguiente le contaría a la reina toda la verdad y le pediría que se convirtiese en su esposa.

Aquella fue la noche más larga de la vida del pirata, y nunca, ni si quiera durante el más cruel y peligroso de los abordajes se había sentido más nervioso. La luna dio paso al sol, y la noche al día, y una suave caricia en la cabeza lo sacó de su sopor. Se giró en la cama sobre sí mismo para quedar frente a frente con su amada.

-Hay algo que quiero enseñarte- dijo ella, que lo arrastró delicadamente fuera de la cama y por todo el castillo.

Tras cruzar descalzos toda la fortaleza, atravesando los laberínticos corredores de mármol beige, quedaron ante unas enormes puertas rojas con filigranas doradas, al final de una largo y solitario pasillo. La reina de corazones soltó la mano del pirata para desabrochar el cordón de oro que llevaba al cuello y del que colgaba una preciosa llave de oro y rubíes. La reina abrió las puertas, y tras invitarlo a pasar las cerró tras ellos.

-Esta es la Bóveda de los corazones- dijo ella.

El pirata creía estar soñando. La sala en la que se encontraban era un enorme espacio diáfano bajo una enorme bóveda de cristal que dejaba ver todo el azul y dorado del cielo matinal. Descansando sobre pequeñas repisas, cientos y cientos de objetos rojos palpitaban brillando incandescentes: los corazones de los habitantes del reino. Absorto, se acercó y pudo comprobar cómo parecían pequeñas esculturas de cristal en cuyo interior brillaba una luz roja.

-Con cuidado- dijo ella.

Cada uno tenía una luz diferente, unos titilaban más, con cierto tono granate; otros brillaban frenéticos con un cegador brillo escarlata; otros poseían un destello más constante y suave, en tenues tonos rosados... Era fascinante. Era el momento perfecto para declararse.

-Hay algo que te quiero decir...- Comenzó el pirata mientras se giraba en dirección a su amada, pero algo en su rostro era diferente.

-Primero hay algo que te debo explicar- Lo cortó con una voz suave cargada de pesar- *Estos corazones-* Por primera vez, la reina parecía dolida, vulnerable- *son lo más importante de este reino, y debes entender que no están encerrados-* Se acercó a la repisa más cercana y tomó uno con sumo cuidado, meciéndolo y acariciándolo como si se tratase del suyo propio- *los estoy protegiendo-* Dejó el corazón en su sitio y volvió a mirar al pirata- *El duque no es una buena persona, y todo lo que dice son bulos, no quiere proteger al pueblo, quiere mi corona, y para conseguirlo se ha dedicado a esparcir mentiras y engaños durante años contra mí.*

-Amor mío...- Trató de comenzar el pirata, se amaban y él ya había comprobado que ella era buena. Nada de eso importaba ya, y él quería decírselo, y que no necesitaba explicaciones, pero ella continuó hablando y no lo dejó explicarse.

-Que un corazón esté fuera de su pecho y otra persona lo guarde no significa que nada

de esa persona vaya a cambiar. No son esclavos, tienen libre albedrío. Yo me encargo de que así sea, nadie puede acceder a los corazones, nadie puede obligar a nadie a nada y nadie puede herirlos- Su voz sonaba rota y realmente apesadumbrada- Tener el corazón fuera del pecho no hace que seas peor persona, cruel o que no puedas sentir- Se detuvo en medio de su movimiento y tomó un corazón que palpitaba con un rutilante brillo carmesí- Si alguien ha tomado una mala decisión o ha actuado sin corazón ha sido porque es lo que hay en su interior. No están descorazonados, solamente descansan en otro lugar- refiriéndose a los corazones.

El pirata no sabía que decir o hacer para consolarla en su dolor, pero estaba claro que en algún momento enfrentaría al duque por todos sus actos y mentiras malintencionadas.

-Tú tenías corazón cuando abordaste cientos de barcos, matando a centenares de personas- comenzó de nuevo la reina de corazones llamando su atención y alejándolo de sus pensamientos- Y aun te subía y bajaba el pecho cuando intentaste asesinarme en tres ocasiones.

El pirata quedó boque abierto. Lo sabía. Ella lo sabía todo. Trató de acercarse, pero ella, aún con el corazón carmesí en la mano susurró "Detente", más como un ruego que como una orden, y él, sin poder controlar su cuerpo, se detuvo en seco, incapaz de moverse un palmo.

-Tú has podido comprobar que nada cambia en uno cuando tiene el pecho vacío. Has seguido teniendo actos honrados y generosos, actos de amor, y sorprendentemente, hasta actos honestos. Las personas no cambian por entregar su corazón- Una lágrima comenzó a caer por su mejilla. El pirata intentó inútilmente moverse, quería acercarse, consolarla, decirle que estaba bien, que los dos habían cometido errores pero que podrían solucionarlo. Que la quería- Pero a veces pasa, que entregas tu corazón a la persona equivocada- La mano de la reina comenzó a apretar el corazón, y el pirata soltó un alarido de dolor- a alguien que no es como yo- Apretó más la mano, y la presión en el pecho del pirata se hizo insoportable. Intentó gritar, suplicarle perdón, pero fue incapaz de abrir la boca- y que en vez de protegerlos los usa, y si es necesario o le interesa, los rompe- El puño de la reina de corazones se cerró por completo, y cuando lo abrió, miles de fragmentos de lo que parecía metal oxidado cayeron, ensuciando el impoluto suelo de mármol blanco.

Fin.